

ejército español: el Portugal y la España son dos mulos. A nosotros nos ha lanzado la Inglaterra, y á vosotros os aguijonea la Francia. Pues bien, marchemos y sacudamos nuestras campanillas, puesto que es preciso; pero guardémonos de hacernos daño, pues se reirian á espensas nuestras.» El duque tenia razon; la España y el Portugal no eran mas que instrumentos en manos de la Inglaterra y de la Francia; pero la corte de Madrid no dejaba de tener gran interés, ya en conquistar el Portugal, ya en sustraerle del ruinoso protectorado de la Inglaterra.

Carlos IV, á quien Godoy acababa de llamar á Badajoz para que fuese testigo de su gloria, era incapaz de comprender las grandes ventajas que su nacion reportaria de la ruina de la supremacia inglesa en Portugal; y solo consultó su afecto personal hácia el regente, y su odio secreto á la Francia, apresurándose á acoger de un modo distinguido á Pinto de Souza. Godoy obró del mismo modo, si bien con mas reservas, ya que temiese comprometer su reputacion militar tan fácilmente adquirida, ya que tratase de apaciguar los rumores que contra él habia escitado la presencia de los franceses. En lugar pues de marchar contra Lisboa ó contra Oporto, y dar un terrible golpe al comercio inglés, las tropas españolas recibieron orden de detenerse, y firmóse el tratado de Badajoz el dia 6 de Junio de 1801. Por este tratado el regente se comprometia á ceder á los españoles la plaza de Olivenza, á pagar á los franceses quince millones, y á cerrar sus puertos á los buques ingleses.

El primer cónsul al recibir de Luciano la copia del tratado, no pudo dominar su indignacion, y se enfureció contra la España y contra su hermano. He aquí, decia, el resultado de una expedicion tan formidable y tan fastuosamente comenzada, y esto en el mismo momento en que la vergonzosa derrota de Menou, en Egipto, daba un precio inestimable á la posesion de Portugal; en el mismo momento en que Inglaterra robaba á la Francia la prenda mas preciosa del tratado que juntas negociaban.

Tratado de Madrid de 27 de noviembre de 1801.

Las vivas observaciones de Bonaparte fueron muy mal recibidas en España, y Luciano dimitió su cargo de embajador; Carlos IV, ó mejor Godoy, usó un altivo language, mas el primer

cónsul no contestó á sus amenazas, sino haciendo entender que los franceses no pasarian de nuevo los Pirineos sin haber tenido mas ventajosas condiciones. Efectivamente así sucedió; y para castigar al mismo tiempo á la España por haber abandonado unos intereses que no por ser los de Francia, dejaban de ser tambien los suyos propios, M. Otto, embajador francés en Londres, recibió orden de no oponerse á la cesion de la Trinidad.

Las nuevas negociaciones á que dió lugar esta negativa de ratificacion, produjeron el tratado de Madrid de 27 de noviembre de 1801 por el cual comprometíase el Portugal mas esplicitamente á no admitir los buques ingleses hasta la conclusion de la paz, y á recibir todas las mercancías francesas bajo el mismo pié que las de Inglaterra. A estas concesiones se añadió un territorio de sesenta millas en Guyena, y el pago de veinte y cinco millones que la Holanda debia prestarle, tomando en garantía las minas del Brasil.

La Francia renunciaba pues á la ocupacion de una ó mas provincias portuguesas; pero además de que abrigaba el deseo de no agriar á la España, acababa de comprometerse en los preliminares de Londres, á respetar la integridad de Portugal.

Tal fué para esta nacion la recompensa de haber tomado parte en las coaliciones de la Europa contra la Francia: su territorio desmembrado, sus colonias perdidas ó empeñadas, su tesoro agotado, su industria arruinada por la doble concurrencia de la Inglaterra y de la Francia, toda idea de reforma abandonada, y esto cuando la Europa entraba en la vía del progreso. Sin embargo, no pararon aquí sus desgracias, y el porvenir le reservaba otras mas terribles aun.

CAPÍTULO XXII.

Desde el tratado de 1801 hasta la fuga del regente al Brasil.

CONDENA DEL DUQUE DE LAFOENS; EL BLOQUEO CONTINENTAL.—NAPOLEON SE QUEJA AL REGENTE DE SU PARCIALIDAD PARA CON LOS INGLESES.—NEGOCIACIONES DE NAPOLEON CON LA ESPAÑA; TRATADO DE FONTAINEBLEAU (1807); REPARTICION DEL PORTUGAL.—MARCHA DE JUNOT CON VEINTE Y CINCO MIL FRANCESES CONTRA

LISBOA; SUS SUFRIMIENTOS.—LA CORTE DE PORTUGAL PIENSA EN HUIR AL BRASH.
—VANOS ESFUERZOS PARA APLACAR Á JUNOT; INFLUENCIA INGLESA.—FUGA.

Condena del duque de Lafoëns; el bloqueo continental.

Cuando despues de tantos sacrificios hubo el regente restablecido una paz que jamás debiera haber roto, se hicieron cargos no á los incapaces ministros que ocupaban el poder, sino al duque de Lafoëns, es decir, al único que se habia opuesto á tan deplorable cruzada, como si las faltas que este general hubiese podido cometer al frente del ejército, hubiesen sido el verdadero origen de los desastres de la patria. Poco se faltó para que el anciano general se viese acusado de traidor, pero fué privado de todos sus grados y condecoraciones, siendo además desterrado léjos de la corte. Su crimen real consistia en ver mas claro que los demás, en ser algo partidario de las nuevas ideas, y en decir contra los ministros todo lo que sentia su corazon, siendo este el único cambio que hizo el regente en el personal de su gobierno. Al cabo de algun tiempo murió el duque; y sin duda bajó al sepulcro con los mas tristes presentimientos acerca de los destinos de su patria.

A falta de otro bien, almenos se habia restablecido la paz, y con ella recobró el comercio alguna vida, cuando las grandes cuestiones que suscitaba entonces la implacable rivalidad de la Inglaterra y de la Francia, renovaron todos los peligros del Portugal: ¿cómo evitar el golpe? Ni la una ni la otra de las dos potencias estaba dispuesta á conceder al regente la neutralidad.

En valde la paz de Amiens, arrancando de repente las armas de las manos de la Inglaterra y de la Francia, habia devuelto la tranquilidad al mundo. Esta paz, que se queria hacer eterna, solo fué una corta tregua, y apenas se hallaba fria la cera con la cual se habian impreso en el tratado las armas de Francia é Inglaterra, cuando la perfidia de esta última nacion por un lado, y por otro, el poder de Napoleon, hicieron imposible su observancia. En menos de un año, los dos gobiernos pasaron de la intimidad á la desconfianza, de la desconfianza á la frialdad, y de la frialdad al odio y á la guerra.

Sin embargo, el Portugal no se resintió al pronto de la nueva lucha; Napoleon solo tenia entonces una ida fija, la de dominar

durante algunas horas en la Mancha, lanzar ciento cincuenta mil hombres en las playas de la Inglaterra, y abatirla de un solo golpe ante las mismas murallas de Londres, mientras la Gran Bretaña solo procuraba preservarse contra los formidables preparativos que el gran capitán de los tiempos modernos acumulaba contra ella desde la Holanda hasta Tolon. Durante este período, el general Lannes que representaba á la Francia en Lisboa, se condujo con tanto acierto y tino, que casi eclipsó la influencia inglesa, llegando á ser un amigo del regente. Su destitucion fué una grave falta.

Sin embargo, todo cambió de aspecto desde que la Inglaterra hubo logrado rechazar sobre la Europa los terribles peligros que la amenazaban, y sobre todo desde que la fatal jornada de Trafalgar le devolvió el imperio absoluto de los mares (21 de octubre de 1805). Vencedor Napoleon de los austriacos y de los rusos en Austerlitz, de los prusianos en Jena, de estos y de aquellos en Friedland, volvió á su tema favorito: la derrota de la Inglaterra y la emancipacion del Océano. Mudó sin embargo de sistema, y en lugar de combatir á la Gran Bretaña ya en el mar, ya en su territorio, quiso herirla cerrándole el Continente. Tal fué el espíritu de los decretos que se publicaron en Milan, antes de Austerlitz, y en Berlin despues de Jena. Desterrar á la Inglaterra de la Europa como ella desterraba á los franceses del Océano, y vencer el mar por la tierra; hé aquí el plan, el sueño gigantesco de Napoleon.

Para realizarlo necesitaba el asentimiento de la Europa entera, porque no podia pretender cerrar él solo todos los puertos del continente. La confederacion del Rhin, la Prusia, la Dinamarca y la Rusia se comprometieron en seguida á favorecer la política del gran capitán, y la Rusia se encargó despues de la paz de Tilsit, de imponer dicha condicion á la Suecia; de modo, que todo el norte de Europa se hallaba cerrado á los ingleses. En cuanto al sur, la España nada rehusaba á Napoleon, y la Italia le obedecia como una provincia francesa, siendo los Estados de la Iglesia, la Turquía, y el Portugal los únicos que se hallaban fuera del vasto sistema de exclusion; mas Napoleon no era hombre para sacrificar sus planes al respeto de su independencia.

Napoleón se queja al regente de su parcialidad para con los ingleses.

La Francia debía á la influencia personal del general Lannes el ascendiente que habia ejercido en Lisboa, desde 1801 á 1805, mas no sucedió lo mismo luego de haber abandonado aquél la embajada de Lisboa. En vano el general Junot, que lo habia reemplazado, trató de arrebatárle nuevamente á la Inglaterra la alta posicion que le habia dado la derrota de Trafalgar, pues en lugar de las vivas simpatías que su predecesor habia despertado en todas las clases, Junot solo encontraba los actos de cortesía y el homenaje que nadie se atrevia á negar al representante del vencedor de Europa. Ni los halagos, ni las razones, ni las amenazas á que recurria pudieron cambiar tales disposiciones, y era evidente que el gobierno portugués contaba con los zelos de la España y con las escuadras de Jorge III, pareciéndole despues del combate de Trafalgar, mas temible la cólera de la Inglaterra que la de la Francia.

Sin embargo, Napoleon no tenia motivo alguno para erigir esta conducta equívoca, en provocacion; la paz de 1801 no habia sido abiertamente violada, y la preponderancia moral de la Inglaterra no podia ser considerada como un *casus belli*; pero su vasto sistema de bloqueo continental fracasaba sin la adhesion del Portugal y esta razon dominó todas las leyes de la justicia internacional á la cual tienen los débiles un derecho imprescriptible. Para apreciar cual se merece la conducta de Napoleon, bastará recordar las palabras del valiente Lannes, á quien el emperador ofreció la embajada de Lisboa; el general dijo: «No la acepto, pues no quiero hacer traicion á los intereses de la Francia ni á los de mi real amigo.»

Apenas hubo tomado Bonaparte esta resolucion, cuando la ejecutó con su habitual prontitud. Era á la sazón embajador del regente cerca de la corte de Francia el caballero de Lima, y Napoleon mandó notificarle que si dentro el tiempo rigurosamente necesario para escribir á Lisboa y recibir contestacion, no le participaba la expulsion completa de los ingleses, el secuestro de sus bienes y una franca declaracion de guerra, recibiria sus pasaportes, tratándose esta vez, no de una invasion de quince dias,

sino de una ocupacion duradera, tal vez perpétua, segun fuesen las circunstancias. Así lo exigian los grandes intereses del imperio francés y los de toda la Europa á la cual oprimia la tiranía del comercio británico. Así lo creia al menos el emperador.

Negociaciones de Napoleon con la España; tratado de Fontainebleau (1807); reparticion del Portugal.

Para asegurar el pronto resultado de tan amenazadoras palabras, Napoleon cuidó de dar parte de todo á la corte de Madrid, invitándola á asociarse con él.

Grande fué el terror del gobierno portugués al saber las incalificables exigencias del poderoso emperador, y al pedirle sus pasaportes M. de Rayneval; verdad es que el Portugal acababa de pronunciar contra la Inglaterra una aparente exclusion; pero Napoleon no se dejaba engañar por este ardid, que indicaba así la mala voluntad como la impotencia de los que habian recurrido á él.

La corte de Lisboa resolvió enviar á Paris el conde de Marialva, para ofrecer magníficos diamantes al emperador, y pedirle la mano de la hija de Murat para el infante don Pedro. Precisamente Napoleon acababa de saber que el regente habia permitido á los comerciantes ingleses embarcar, sin pagar derecho alguno de aduana, una inmensa cantidad de géneros, y veinte y cinco mil hombres se reunian en Bayona para ir á pedir cuenta de esta parcialidad á favor de la Inglaterra. El mando de estas tropas se confió al general Junot, embajador en otro tiempo en Portugal, y conocedor de aquel territorio.

Luego que la España hubo prometido unir sus fuerzas á las de la Francia, Junot recibió la órden de pasar los Pirineos, y avanzar por Burgos, Valladolid, Salamanca, Alcántara y la ribera derecha del Tajo, hasta Lisboa, pues para empezar la expedicion no creyó prudente guardar á que la España pudiese tomar parte en ella y Bonaparte, á fin de suplir la inaccion de este gobierno, reunió un segundo ejército, para el caso de que Portugal resistiese ya por sí solo, ya apoyado por la Inglaterra.

Bonaparte experimentó grande alegría al saber que el gobierno español se resolvia á llevar á cabo sus planes, decidido á ello mas y mas por la ambigua respuesta del regente de Portugal:

Esta contestacion, evidentemente dictada por el gabinete de San James, tejido de aparentes concesiones, y de calculadas reticencias, no era seguramente la mas apropósito para desarmar á Napoleon.

Este se indignó del doble papel que jugaba el regente entre la Inglaterra que podia arrebatarle sus colonias, y la Francia que podia apoderarse de Lisboa, y viendo que aquel obedecia á la Inglaterra, que trataba de engañar á la Francia, á la que se atrevia á provocar, sin disponer de medio alguno para la defensa de su pueblo, y hallándose dispuesto á huir á la otra parte de los mares, si la Francia realizaba sus amenazas, Napoleon creyó preciso derribar á la casa de Braganza, como habia hecho con la de los Borbones en Nápoles, y sustituir á ella algun príncipe de su propia familia. Grandiosa política hasta cierto punto, puesto que tenia por objeto regenerar el Portugal por medio de una usurpacion, pero que hiriendo el sentimiento nacional, podia sublevar al pueblo, ofender á la España, é irritar á la Europa, recelosa ya del continuo acrecentamiento del poder francés. Por justa que pareciese á la sazón la caída de la casa de Braganza, era sin embargo una gran imprudencia el pronunciarla, siendo este el fatal principio de una série de faltas y de desgracias que condujeron á Napoleon y á la Francia desde Austerlitz, Jena, y Friedland, á Waterloo y á Santa Helena.

Al cabo de pocos dias de tan funesta resolucion (27 de octubre de 1807), firmóse en Fontainebleau el tratado que fijaba los destinos de Portugal. Vacilando aun Napoleon á cerca del partido definitivo que le convenia tomar con respecto á aquel país, estipuló que el infante de España á quien habia hecho rey de Etruria, le cederia dicho reino recibiendo en cambio el norte de Portugal, con la ciudad de Oporto, bajo el nombre de Lusitania septentrional; que los Algarves y el Alentejo pertenecerian á Godoy, como principados, y que el resto de Portugal, esto es, la Extremadura, Beira y Tras os Montes, debian quedar en poder del emperador para que pudiese disponer de él, cuando se firmase la paz general, ya á favor de sus aliados como recompensa, ya á favor de sus enemigos como una compensacion. Así pues, de una sola plumada el poderoso emperador suprimia uno de los reinos mas antiguos de Europa.

Semejantes condiciones por generosas que fuesen, no contentaban del todo á la corte de España, que solo ganaba en ello la soberanía del norte y del sur, pero con el sentimiento de ver á los franceses establecerse en el centro, mientras que aquella hubiera querido ó bien conservar la casa de Braganza ó reemplazarla completamente. Pero D. Manuel Godoy estaba satisfecho, y se apresuró á prometer un cuerpo de diez mil hombres en el norte, uno de diez mil en el centro, y uno de seis mil en el sur, para ocupar el principado que se le habia cedido. El mando de estas tropas debia confiarse al general Junot, á menos de que Carlos IV ó su favorito se presentasen en el ejército.

Marcha de Junot con veinte y cinco mil franceses contra Lisboa; sus sufrimientos.

El mismo dia en que Duroc é Izquierdo firmaban en nombre de sus respectivos soberanos, tan memorable reparto, Junot que se hallaba tomando sus cuarteles de invierno en Salamanca, recibió la orden de marchar hasta llegar delante de Lisboa, previniéndole al mismo tiempo que rehuyese toda negociacion, diciendo en todas partes que él solo tenia el mando del ejército, siendo amigo ó enemigo segun el recibimiento que se le hiciese. Junot observó perfectamente sus instrucciones, y su única idea fué llegar pronto á Lisboa, á fin de retener, no á la familia real, cuya fuga era de desear, sino los buques y tesoros que llevase consigo.

De aquí las increíbles fatigas á que el general sujetó á los jóvenes soldados de que se componia su ejército. Ni las marchas forzadas, ni la falta de víveres, ni los torrentes, ni el frio, ni las mas terribles tempestades de nieve y lluvia, mitigaron un momento su ardor. Junot llegó á Alcántara con una débil parte de sus tropas, sin vestidos, sin caballos, sin municiones y sin disciplina; muchos de sus soldados carecian de fusil por haberlo arrojado para aligerar su marcha, y solo les quedaban seis cañones tirados lentamente por bueyes.

El mal aumentó mas aun cuando los soldados franceses hubieron pasado las fronteras de Portugal para engolfarse en los desfiladeros de Beira, en términos de que fué ya preciso renunciar al plan cuya realizacion se habia intentado hasta entonces. El ge-